El silencio de los corderos | Carlos Osma

Que la mayoría de las iglesias en nuestro país rechazan contundentemente la homosexualidad es evidente. Sus planteamientos son por todos conocidos, y la forma de defender sus posiciones no ha variado demasiado. Quizás el único cambio relevante de los últimos años sean los acuerdos con los que FEREDE amenaza a las iglesias y pastores, que utilizando la libertad de conciencia, quieran casar a dos personas del mismo sexo. Pero por lo demás, en el día a día de los homosexuales que forman parte de las iglesias, “nuestros” guías oficiales, prefieren jugar a ignorar el tema, sabiendo que el trabajo sucio lo realizarán a la perfección los pastores y miembros de las comunidades a las que representan.

No digo que esto no sea alarmante, todo lo contrario, ya que esta posición está generando un enorme sufrimiento a muchos creyentes de nuestro país. A unos, porque han creído el discurso que les convierte en pecadores o enfermos, y a otros, a los que han decidido abandonar la iglesia, porque el efecto del discurso equivocado que les han dado desde que eran niños no desaparece inmediatamente. En resumidas cuentas, los segundos luchando por su dignidad, y los primeros por poder mirarse al espejo todos los días.Pero lo que realmente me parece más preocupante es el silencio de las iglesias, pastores y creyentes en general que, siendo conscientes de lo equivocada y lo peligrosa que es esta situación, han decidido mantenerse callados para no generar enfrentamientos o problemas con otros cristianos. Así lo resumía una representante de la Iglesia Bautista italiana, en un encuentro de homosexuales evangélicos que se realizó en Roma hace unos meses: “Si planteamos la aceptación de homosexuales de una manera abierta dentro de la Iglesia corremos el riesgo de la división”. Una división a la que, creo yo, también tienen miedo muchas personas de nuestro país. Se opta por tanto, utilizando un lenguaje bíblico, por no ser piedra de tropiezo y renunciar a los propios principios por amor al prójimo. Esta obligación o decisión de permanecer en silencio la conocemos a la perfección los homosexuales, es lo que llamamos “la experiencia del armario”. Durante años la mayoría de nosotros tuvimos que callar, que escondernos ante las personas que queríamos para no perderlas. Pensábamos que si nos mostrábamos tal y como éramos, nuestras familias, amigos e iglesias nos rechazarían. De esa forma decidimos callar, por amor a ellos. Pero ahora sabemos que esta actitud era un error, que no hay verdadera comunidad cuando alguien impone una determinada forma de ver las cosas y el resto tiene que permanecer en silencio. Hemos aprendido que la mejor forma de amar a nuestras familias, nuestros amigos o iglesias es ser nosotros mismos, presentarnos tal y como somos y decir lo que pensamos, corriendo el riesgo del rechazo. La comunión sólo existe si hay diálogo y amor por las dos partes, si alguien es obligado a callar, la unión ya está rota. Pienso que actualmente no existe esta comunión dentro de la Iglesia Evangélica en España, hay unas personas que hablan, amenazan y rechazan, y otras que no se atreven a actuar y hablar con claridad por miedo a las consecuencias. Quizá sin quererlo, el silencio, puede convertirnos en cómplices. En este momento se necesitan más cristianos e iglesias que se atrevan a decir que el trato que reciben los homosexuales es injusto. Y que, cuando callamos ante una injusticia, no estamos trabajando por el Reino de Dios, sino que nos alejamos del seguimiento de Cristo. Esta es una de las actitudes que ha hecho perder credibilidad a la Iglesia en el pasado: No hablar alto y claro cuando era necesario. Es verdad que algunos han dado un pequeño paso hacia delante y empiezan a hablar positivamente de la homosexualidad, pero lo hacen en lugares muy concretos o en “petit comité”. Otros utilizan metáforas, o hablan de forma indirecta. Creo que hay que valorar positivamente este intento, pero también pienso que no hablar con claridad de las y los homosexuales, es otra forma de mantener la discriminación. Pues los homosexuales seguimos percibiendo que nuestras experiencias y nosotros mismos, no formamos parte de la vida de nuestras comunidades, sino de sus problemas, y que les haríamos un gran favor si no estuviésemos.Esta semana, leía en Lucas 10:25-37, la parábola del Buen Samaritano. Hay poco que añadir a lo que en ella se nos cuenta, y creo que a todos nos interpela de una u otra forma, pero me gustaría que en este momento sirviese de reflexión a todas aquellas personas que han decidido pasar de largo ante unas mujeres y unos hombres discriminados:Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?

Él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?

Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.

Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás.

Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?

Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto.

Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo.

Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo.

Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él.

Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese.

¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

Él dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo.

Carlos Osma